

Entre dos 'noventa y ochos'

No hay aspecto de la vida española, cubana, puertorriqueña, filipina o estadounidense que no esté marcado por lo que ocurrió hace cien años

ARCADIO DÍAZ QUIÑONES

Arcadio Díaz Quiñones es profesor en el Department of Romance Languages and Literatures en la Princeton University.

¿Cómo pensar las transiciones de fin del siglo XIX en el Caribe insular fuera de los límites de las historias nacionales? ¿Cómo repensar el final del imperio español desde sus antiguas colonias?

El año de 1898 encarna su propia paradoja. Al igual que todo año emblemático, aparece como referencia transparente, pero en realidad está rodeado de zonas oscuras. No hay aspecto de la vida española, cubana, puertorriqueña, filipina, o norteamericana que no esté marcado por las consecuencias políticas y culturales del 98, incluido, claro, el desarrollo de la propia historiografía *nacional*. Al mismo tiempo, la ignorancia sobre el 98 y aquel fin de siglo ha dejado un enorme vacío.

¿Qué vacío? Las historiografías nacionales cubana y puertorriqueña tienden a excluir los vínculos, los contactos y el intercambio, trazando una separación tajante entre las islas y sus relaciones con los imperios y territorios vecinos. En Puerto Rico, por ejemplo, se ha hablado durante mucho tiempo de la autonomía concedida por España en 1897. Pero, paradójicamente, la cruel guerra de Cuba casi ni se menciona, a pesar de que la *Carta Autonómica* de Puerto Rico no puede dissociarse de ese contexto. Paralelamente es muy notable la exclusión de Puerto Rico de la historiografía cubana. Muchas veces el discurso histórico cubano se limita al uso de Puerto Rico para subrayar la diferencia triunfante: Cuba, convertida en alegoría y epopeya de la nación; Puerto Rico, colonia que nunca llegó a ser país. Los términos binarios simplistas dominan los relatos nacionalistas.

Quizá habría que empezar por una historia de lo imaginario que se planteara como objeto histórico la contradicción del 98: sería en buena medida la historia de ciertas palabras. En España pasó rápidamente a ser el año del *desastre*, la devastadora pérdida que dinamizó la literatura de la "generación del 98". La reiteración de la palabra *desastre* ponía en escena una interpretación. En esa literatu-

ra, las antiguas colonias eran sólo un telón de fondo para los debates españoles. En muchos casos no se podían ocultar las nostalgias nacionalistas e imperiales. La exclusión del viejo mundo colonial impidió quizá entender cómo la cultura militar y colonial y la guerra en Cuba y Filipinas transformaron la sociedad española, y se prolonga hasta la guerra civil de 1936.

En la tradición puertorriqueña tampoco ha sido fácil estudiar la herencia española porque en Puerto Rico se ha visto desde dos ángulos que hacen imposible su análisis. Uno es el de una hispanidad retórica parecida a la franquista: es decir, la exaltación acrítica de todo lo español por oposición a lo *yanqui*. Esa misma hispanidad a menudo ha servido para silenciar la centralidad del mundo afrocaribeño. Se trata de una lectura ingenuamente especular que imagina una continuidad sin fracturas entre metrópoli y colonia. El otro extremo es una especie de antipatía hacia todo lo español, generada "entre imperios" por el deseo de muchos de identificarse sin reservas con la cultura norteamericana. Esos dos polos han impedido estudiar tanto la complejidad cultural, étnica y política de lo español como la profundidad de las marcas de las culturas africanas en la vida puertorriqueña. También ha hecho difícil ver los nexos comerciales, políticos y culturales que se establecen con Estados Unidos mucho antes de 1898.

Por otro lado, la negación imperial —siempre con fuertes matices racistas— suele excluir al Caribe del relato nacional estadounidense, a pesar de las masivas inmigraciones de puertorriqueñas, cubanos y dominicanos, y de las decisivas intervenciones coloniales de Estados Unidos en la región. En ello coinciden las

La negación imperial suele excluir al Caribe del relato nacional de EE UU, a pesar de las masivas inmigraciones de los antillanos

historiografías norteamericana y española; ambas mantienen –con pocas excepciones– ese vacío. Ya es significativo que se use todavía el término “guerra hispanoamericana” y se excluya a los cubanos –que eran separatistas, autonomistas y anexionistas–, como si sólo los imperios fueran sujetos históricos.

España no llegó a reconciliarse con el final de su imperio ni con la historia de la esclavitud y los conflictos culturales y raciales generados por la experiencia colonial. Un ejemplo elocuente: cuando Marcelino Menéndez Pelayo tomó posesión de Puerto Rico en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, la isla sólo podía ocupar un lugar subalterno –más bien *no lugar*–. Menéndez Pelayo comienza con un dudoso homenaje en el que la isla aparecía en perfecto estado de naturaleza: “La pequeña y pobladísima isla de Borinquen... pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia”. Parecía imposible para el intelectual nacionalista español ver otra historia que no fuese el espejo del poder de España en las Antillas.

En general, podemos decir, fuera de los historiadores profesionales, que en España se sabe muy poco de Puerto Rico y de Cuba antes y después del 98. Son lugares exóticos de lo bello y lo monstruoso: lugares apropiados desde el turismo o desde las utopías políticas precisamente porque se consideran perdidos. La prueba es que en España se siguen ignorando los interlocutores –una verdadera pluralidad de voces– que, como los puertorriqueños Tomás Blanco, Pedro Albizu Campos, Margot Arce de Vázquez, Antonio S. Pedreira, José Luis González, o los cubanos Fernando Ortiz y Enrique José Varona, reflexionaron sobre las ruinas del imperio.

Los nombres de los grandes intelectuales separatistas puertorriqueños del siglo XIX, Eugenio María de Hostos o Ramón Emeterio Betances, siguen envueltos en la niebla y la lejanía. ¿Cómo se veía y se interpretaba a España desde las colonias? Betances soñaba las utopías de la modernidad desde su largo exilio en París, y no se cansaba de desafiar la autoridad española repitiendo que: “Nada hay que esperar de España y de su Gobierno. Ellos no pueden dar lo que no tienen. Carecen, por más que otra cosa digan, de todos los elementos de un pueblo civilizado”. José Martí, quien muy joven había sido marcado por la experiencia de la prisión en medio de la primera guerra de independencia de Cuba, elaboraba un pensamiento de la diferencia cubana en textos estremecedores, como su testimonio sobre *El presidio político en Cuba*. Pero los escritos y las prácticas políticas de esas figuras son casi desconocidos en España, o no gozan de autoridad suficiente como para ser referencias en los debates.

No obstante, la paradoja de la ambigua fascinación del 98 y el vacío de sus significados tiene un lado atractivo.



La visión nacionalista estadounidense del conflicto se reflejó en ‘Los Angeles Times’, que caracterizó al pueblo español como un bandido de Sierra Morena al que Estados Unidos le extrae las ‘muelas’ de sus colonias para quedarse con ellas.

Incita a localizar lo prohibido en un laberinto de imágenes segmentadas, un rompecabezas cuyo significado no se puede penetrar completamente porque depende en buena medida del presente y de los nuevos proyectos. Gracias a la paradoja quizá se pueda repensar el espacio “entre imperios” en la redistribución de campos y objetos históricos de nuestro fin de siglo. Ello permitiría abrir así otro horizonte interpretativo que vaya más allá de las necesarias pero insuficientes historias nacionales.

¿Cómo volver al 98 desde nuestro 98? Hoy en día se halla en curso un gran debate en torno al sujeto colonial y poscolonial –entre los que habría que destacar los trabajos de Edward Said, Partha Chatterjee, Homi Bhabha y James Clifford– que permitiría replantear con más productividad las interpretaciones del 98 y cuestionar las formas de exclusión. Se trata de ver en los imperios no sólo una estructura monolítica de dominación y conquista y las tragedias que ha ocasionado, sino, como ha mostrado Said, un modo de negociación e intercambio que da origen a modificaciones importantes de las prácticas políticas y culturales en las metrópolis y en las colonias.

A partir de las relaciones y de las distintas situaciones “entre imperios” quizá se puedan proponer puntos de partida para otra memoria. Ahí entrarían en juego por lo menos dos tipos de mirada: primero, las lecturas que las colonias hacen de las metrópolis en las diversas etapas de su relación; y, segundo, la lectura que hace la metrópoli de la colonia como objeto de deseo y de imagen especular para construir la propia subjetividad. Entonces podríamos los puertorriqueños empezar a comprender matizadamente la heterogeneidad política y cultural de España; y en España podrían escucharse voces como las de Betances y la de Eugenio María de Hostos, hasta ahora tan negadas.